

Amor con hambre no dura

Las democracias al mismo tiempo que se abocan a proteger los mayores intereses tienen que generar resultados económicos que garanticen el bienestar general. Resulta cada vez más absurdo pensar que la subsistencia material sólo puede ser asegurada al costo de subutilizar el potencial productivo. La evidencia que arroja el crecimiento de la pobreza y la parálisis de la capacidad productiva obliga a admitir que la inestabilidad política no sólo es resultado de conspiraciones, incompreensión o carencia de compromiso con las transformaciones políticas que vivimos. Nada es perfecto, pero la realidad nos indica que el sistema económico más racional y humano posible es aquel que se apoya en mercados regulados dinámicamente para generar los recursos y en un Estado capaz de asegurar el minimum de bienestar para cada uno de sus miembros. El reto, pues, radica en la necesidad de impulsar condiciones que favorezcan la iniciativa y el espíritu emprendedor multiplicando la capacidad productiva que asegure el empleo, bienes y servicios sustentadores del bienestar universal de la población, y la inclusión de toda la población en la generación y acceso a dichos beneficios. Las transformaciones políticas y económicas son interdependientes, ninguno de estos procesos puede caminar por sí sólo, de ser así, tienen sus días contados... Ya que amor con hambre no dura.

El problema de la exclusión

Cuando se quiere jugar a la política o a la economía con el árbitro comprado y con reglas de juego diferentes para los diferentes equipos, todo rival se retirará del juego y buscará otro camino. En el juego democrático todas las fuerzas sociales y políticas están en sana competencia y requieren reglas iguales para todas. La oposición es tan esencial como el gobierno para

encontrar aquello que beneficia a los intereses generales, reconociendo las necesidades específicas de cada equipo y armonizándolas entre sí.

La concentración del poder y la obsesión por imponer como ley una opción política, excluyendo toda posibilidad de existencia a las otras fuerzas y sentires de la sociedad, es camino de combustión que tiene que explotar para encontrar nuevos cauces.

Es imprescindible reconocer que no se puede construir una Venezuela digna y dinámica ignorando la existencia de las necesidades y legítimas aspiraciones de más de la mitad de la población, pero tampoco se puede ignorar que la generación de empleo, de bienes y servicios para atender dichas necesidades exige condiciones que estimulen la acción y la confianza de empresarios, técnicos y profesionales innovadores, cuya productividad sea recompensada. La indiferencia o el verbo encendido prejuiciado y justiciero de sectores oficialistas con los dueños del capital produce desconfianza en principios tan básicos como la propiedad privada y la libertad de iniciativa económica, lo que facilita la autoexclusión en el aporte de estos grupos a la inversión necesaria. A partir de la aprobación del paraguas de la Ley Habilitante, la economía real se sumergió en una profunda recesión reforzada por la incertidumbre política de una presunta revolución en donde las reglas del juego las establecía la discrecionalidad de las situaciones y no los principios democráticos.

Recordemos que no todos los movimientos antiautoritarios son pro democráticos. Algunos grupos se unen al discurso democrático únicamente para eliminar sus oponentes autoritarios. Pero una vez establecidas las nuevas instituciones democráticas éstas se usan para imponer su propio monopolio representando su «interés nacional» para reprimir a

los oponentes y supuestamente erradicar los conflictos.

La polarización que vivimos, que como su propio nombre lo señala son polos que se excluyen mutuamente, no representa a la mayoría del país que aspira y busca un cauce civilizado de entendimiento. Sin embargo, la descalificación continua de la diversidad de fuerzas, la siembra de prejuicios raciales, y de animadversión que satanizan las diferencias, alimentan los extremos propiciando la exclusión de las mayorías.

Un nuevo ajuste y ¿dónde quedan los pobres?

El gobierno ha gastado por encima de las posibilidades, nos hemos endeudado internamente de una manera tal que no hay posibilidad de responder a las obligaciones. Esto sencillamente significa que la disminución de nuestros ingresos es una realidad. La tentación de actuar con visión inmediatista puede ser simplemente correr la arruga, y la pobreza que es nuestro problema central lejos de superarse, se profundiza. La inflación y el deterioro de los servicios públicos impactan negativamente en los pobres. El hecho de recortar el gasto público incide necesariamente en el desempleo; el aumento impositivo y la devaluación planteada para aliviar el hueco fiscal pecha necesariamente el poder adquisitivo de las familias el cual ya se ha visto afectado en más de un cuarenta por ciento. El hecho de haber debilitado las redes sociales, que valga la pena recordar en gran parte surgieron como exigencias de los dos ajustes de la década de los noventa, nos lleva a unas medidas de compensación social no sólo insuficientes, sino desarticuladas de las necesidades económicas de los pobres. El drama del populismo es que por el amor por el pueblo, la ignorancia, la ineficacia y el sectarismo acaban generando más pobreza.

¿Es posible abrir oportunidades y superar la pobreza?

La idea de que el cambio revolucionario implica la sustitución total de un sistema por otro, ha demostrado ser simplemente un pretexto irrealizable. Los cambios pasan por atravesar y transformar las estructuras institucionales hacia la ampliación de las alianzas populares. Esta transformación requiere por una parte, un esfuerzo de redefinición de intereses e ideales y la reconstrucción de las instituciones y prácticas democráticas, y por otra, el manejo constante de la asimetría existente entre alianzas sociales y políticas.

El proyecto democrático avanza mediante el conflicto, ya que las divisiones ideológicas heredadas dejan de tener vigencia al enfrentarse a las realidades de las condiciones de vida de las grandes mayorías y a la imposibilidad de diferir la búsqueda de posibles alternativas. Estas alternativas obligan a reinventar respuestas. Es así, que el tradicional conflicto entre estatismo y privatización está muriendo ante el surgimiento de alternativas institucionales de pluralismo político, social y económico. La democracia representativa, el reconocimiento de la participación abierta de la diversidad de la sociedad, y la economía de mercado, han tomado diferentes formas y consensos para expresar sus preferencias individuales y colectivas. Esto explica nuevamente el reto de inventar formas de reconciliación entre la protección social de la población, y en especial, la más vulnerable, y las posibilidades que propicia la flexibilidad de los mercados.

Abordar el problema de la pobreza es reconocer la heterogeneidad y las diferentes vías de condicionamiento políticos, económico y social que la alimentan. Esto implica también abrirse a nuevas y diversas formas de empleo, nuevas fuentes de capital e intercambio y más aún reconocer espacios para nuevas actividades que sustituyan a las

viejas. Erradicar la pobreza significa minimizar las pérdidas de eficiencia y de exclusión. Significa confianza en la experimentación social y política que produzca alternativas. Si el Estado organiza adecuadamente las alternativas y regula los mercados esto estimulará a empresarios e inversionistas, se facilitará tanto la movilidad laboral, como la provisión de servicios sociales, maximizando la generación de ingresos. Si algo es evidente es la capacidad de los gobiernos para empujar la innovación tecnológica, contrarrestar las fluctuaciones económicas, y estimular la inversión social, regulando mercados y redistribuyendo ingresos.

Los caminos hacia la democracia y la prosperidad no están cerrados. España, Portugal y Grecia han caminado las controversias del conflicto y la reconciliación. Ante una situación de inestabilidad política y de anomalía en las relaciones institucionales, decidamos construir un sistema de protección social eficiente y equitativo, reconociendo la gran dificultad de hacerlo en espacios de desigualdad profunda; decidamos bajar la desconfianza y las visiones excluyentes en la búsqueda de concertaciones productivas que atraigan las inversiones para empresas o alianzas competitivas generadoras de empleo y de ingresos productivos; decidamos aceptar y apoyarnos en la diversidad y las diferencias para construir las alianzas políticas; que los conflictos se tornen en oportunidades para descubrir nuevas formas de entendernos.

Las modalidades de las transiciones condicionan los resultados. Cerrarnos a entender que la ignorancia, la desconfianza y la exclusión son generadores de pobreza, es cerrarnos a la aspiración de la gran mayoría a convivir buscando la prosperidad y paz.